

## CAUSAS BIOLÓGICAS DE LA DESAPARICIÓN DE LOS INDIOS AMERICANOS

*Jehan Vellard*

El descubrimiento del continente americano inició un nuevo capítulo, hasta hoy inconcluso, del complejo problema de la asimilación de las razas aborígenes de cultura y origen diversos, por el elemento Europeo.

Nunca la cuestión de la desigualdad de las razas humanas se planteó a tan vasta escala, revistiendo desde los primeros instantes una excepcional importancia práctica para el poblamiento futuro del Continente.

De inmediato la coexistencia de los aborígenes americanos con los Europeos tropezó con dificultades.

A pesar de numerosos y muy encomiables esfuerzos y del celo apostólico de ilustres misioneros, las poblaciones indígenas Sud-Americanas desaparecieron de la mayor parte del Continente, desvaneciéndose en pocos años al contacto de los Europeos. Esta extinción brutal que continúa hasta hoy en las zonas más remotas del Amazonas, ha provocado numerosos y no siempre justos clamores.

Son bien conocidas las frecuentes acusaciones levantadas contra los conquistadores españoles y portugueses, a los cuales fué atribuído el exterminio de poblaciones indígenas enteras; en nuestros días no son raras en la prensa mundial, campañas, con frecuencia tendenciosas, a cerca de la disminución o la desaparición total de tribus Americanas.

Esta extinción de las razas Sud-Americanas ha sido invocada también como una prueba decisiva de su incapacidad absoluta de adaptación y de una inferioridad irreductible en comparación a las razas Europeas.

El argumento era demasiado cómodo para no ser utilizado con frecuencia por los campeones de la desigualdad física y moral de las razas.

Las pasiones políticas y doctrinales, sentimientos nacionalistas o indigenistas mal entendidos, intervinieron en el debate, llevándolo fuera del terreno científico y de la observación objetiva.

Deseando enfocar este problema en relación a las razas Sud-Americanas, expondré de un modo imparcial y concreto observaciones conseguidas durante años de viajes y estudios entre los indios Sud-Americanos, confrontándolas con fuentes históricas y datos de otras regiones.

Para formarnos un juicio claro es necesario encarar la cuestión en las condiciones más sencillas, dirigiéndonos no a poblaciones más o menos mestizadas, influenciadas física y moralmente por relaciones frecuentes y no siempre felices con los civilizados, sino a poblaciones nuevas, no contaminadas todavía, siguiéndolas desde sus primeros contactos con los Europeos. Este primer contacto es con frecuencia desastroso.

Una primera constatación muy penosa, aparece de inmediato: Es la extinción brutal, la desaparición en masa de tribus Sud-Americanas que se produce inmediatamente después del primer encuentro con los civilizados. Cuando más primitiva es la vida de una tribu y más completo su aislamiento anterior, tanto más rápida su desaparición.

Dejando por el momento de comentar la extinción en pocos años de numerosos grupos étnicos amerindios, consecuencia del contacto en tiempo de la Conquista con los europeos, referiremos en primer lugar ejemplos recientes.

Los casos siguientes, escogidos entre muchos otros, serán más elocuentes que cualquier comentario.

Tomaremos primero el ejemplo de los Cayapos, que vivían entre el Bajo Araguaya y la selva del Xingu.

En 1903 los padres Dominicos franceses de Toulouse, dirigidos por el Padre Gil de Villanova, un marsellés cuya memoria es siempre venerada en la región de Tocantins, instalábase en las orillas del río Araguaya, cerca del país de los indios Cayapó, para evangelizar y pacificar esa belicosa tribu que asaltaba de continuo a los sirringueros y buscadores de oro. Establecidas algunos años más tarde relaciones pacíficas con estas tribus, los Dominicos estimaban su número entre

6 y 8,000 individuos. Los Capayó fueron preservados de todo contacto pernicioso, recibiendo casi únicamente las visitas de los Padres. El alcohol no penetró en sus tolderías, ni tampoco la tuberculosis, ni las enfermedades venéreas; a pesar de todo esto, quedaban, en 1918, 500 de estos indios. En 1929 quedaban apenas 27. Hoy están reducidos a 2 o 3. Otros indios, los Karajá, que habitan las playas del río Araguaia, casi desde sus nacientes hasta su confluencia con el Tocantins, están también en vía de extinción. Hace un siglo Castelnau estimaba en cerca de 10.000 "arcos" el número de los guerreros Karajá de la sola parcialidad del Chambioa. Hoy ese grupo de los Chambioa, está prácticamente extinguido y en toda la extensión del Araguaia no existen más de 800 Karajá.

Observaciones idénticas pueden ser realizadas en todas las regiones americanas. Cuando se construyó al principio del siglo actual el ferrocarril del Noroeste del estado Brasileño de São Paulo, ligando ese Estado con el Matto-Grosso y el río Paraguay, los trabajadores fueron con frecuencia atacados por diversas tribus de indios, entre las cuales se encontraban los Caingan, cuyos asaltos dificultaron considerablemente los trabajos. Hoy no quedan más indios en esa región, fuera de algunas decenas reunidas en una pequeña aldea.

Otros ejemplos muy elocuentes encontramos en las poblaciones indígenas del centro y del norte del estado brasileño del Matto-Grosso y de las orillas del río Madeira.

El Matto-Grosso desde las nacientes del Tapajoz hasta el río Gy-Parana, afluente del río Madeira, era poblado al comienzo del siglo actual por numerosos grupos de indios Nambikwara. La penetración en esta región principió en 1907, y las primeras exploraciones fueron realizadas entre 1910 y 1920. Un gran brasileño, el Gral. Cândido M. Rondon, quien debía ser más tarde jefe del servicio de protección a los indios del Brasil, hombre de gran corazón, tomó las más completas medidas de protección para defender la salud y la vida de estas poblaciones a las cuales él profesaba un profundo cariño.

La region central del Matto-Grosso constituye una zona de refugio para las tribus indígenas de cultura baja, rechazadas, arrinconadas en ese territorio pobre por diversas poblaciones indígenas, superiores por el número y la cultura. Sus actuales habitantes, confundidos bajo el nombre de "Nambikwara" apellido de la "lingoa geral" del Brasil, forman un conjunto heterogéneo presentando un viejo fundo antropológico común, diversificado posteriormente con el aporte de otros ele-

mentos antropológicos y por los cruzamientos bastantes frecuentes con los grupos humanos periféricos.

Los caracteres lingüísticos revelan también un fondo original común, y una diversificación posterior. Su cultura material actual varía, según los contactos con los vecinos.

Los Nambikwara viven en grupos independientes, no raras veces en lucha unos con otros. Los más pobres culturalmente y los más aislados habitan en las orillas de los principales ríos tributarios del Tapajoz: valle del Juruena, valle del Juina, valle del río Ike, y el Camararé. Constituyen el grupo Nambikwara oriental o del Sud-Este. Otros habitan los campos de la región antiguamente conocida con el nombre de Serra do Norte, la meseta del Norte de Matto-Grosso, centro importante de dispersión de las aguas: es el grupo Nambikwara central.\*

Los Nambikwara septentrionales viven en las orillas del curso superior del río de la Duvida o Roosevelt, y cerca del río Barão de Malgaço, uno de los formadores del río Gy-Paraná.

En 1910 cuando las expediciones del general Rondon penetraron en el país Nambikwara, encontraron una población india numerosa. Es difícil avaluar la importancia de los grupos Nambikwara de esa época; pero en 1916 el número de los Nambikwara debía alcanzar 20,000 almas (Misão Rondon, 1916 p. 302).

En 1938 varios grupos encontrados por Rondón entre 1910-1920 ya no existían, En toda la región del río Juruena tan poblada de Nambikwaras hace 20 años antes, el número actual de los indios no pasa de 200 y ni siquiera alcanza a ese número; otros tantos viven entre este río y el río Juina.

En 1930, los Nambikwara del río Ike y del Camararé visitaban todavía en grupos de 200 a 300 el puesto brasileño de Campos Novos. Es raro ver hoy grupos de más de 20 a 30 personas y el número actual de los indios de esta zona no alcanza a 200.

Para los Nambikwaras de la región de los campos de Vilhena tenemos datos más precisos; dos grupos principales, los Sabané y los Tagnani, habitaban la región.

Cuando en 1926 los Sabané recién empezaban a acercarse a los puestos brasileños, sumaban más de 1.000 individuos; en 1929 una primera epidemia de "gripe casi aniquiló a un grupo de esos indios, cuando visitaban el campamento brasileño de los campos llamados desde entonces del "Espirro", o sea del "estornudo".

---

\* El autor ha realizado diversos viajes de estudio en la región de los Karayas, de los Cayapos y de las Nambikwaras y desde varios años estudia las poblaciones indígenas de los Andes.

En 1931 un grupo de 300 Sabanés llegó a Campos Novos, otro puesto brasileño, permaneciendo allí cerca de dos meses, esperando la llegada de un convoy de carretas que debía traer los artículos de abastecimiento para el puesto y proporcionarles diversos regalos. Pocos días después de la llegada de las carretas, algunos Sabanés enfermaron de "gripe" y murieron. Algunos días más tarde desencadenábase una terrible epidemia de bronco pulmonía, complicándose con frecuencia con edema pulmonar. Apenas una decena de indios sobrevivieron, y huyendo aterrorizados llevaron la enfermedad a todas sus tolderías. La mortandad fué terrible: los Sabané fueron aniquilados en pocos meses; en 1938 quedaban sólo 21 individuos de este grupo que para sobrevivir tuvieron que unirse a sus antiguos vecinos los Tagnani.

Los Tagnani que habitaban cerca de los Sabané poseían una cultura material más desarrollada que los otros Ñambikwara. Formaban diversos grupos numerosos, pero epidemias sucesivas redujeron tanto su número, que los últimos sobrevivientes se juntaron en un grupo único que no alcanza a 100 personas. Uno de nuestros informantes que llamamos en otro de nuestros trabajos Benjamín, perdió así en pocas semanas toda su familia, quedando uno de los pocos sobrevivientes de todo un grupo Tagnani.

Los Ñambikwara del grupo septentrional están casi extinguidos. La gran aldea estudiada por Rondón en los campos de Tres-Burity desapareció.

Los Tayate, los Lakundé no existen más. No pude recoger ninguna información sobre los Urutundé. En toda la región existía en 1938 solo una pequeña aldea con cerca de 200 individuos agrupados en las orillas del río de la Duvida, los últimos Tamandé reunidos a algunos sobrevivientes de otros grupos.

El total de todos los Ñambikwara calculado del modo más optimista no alcanza ni a 1.000 individuos. Ese cálculo no considera al grupo de los Cabixi, que habita sobre el río del mismo nombre y en la orilla derecha del río Guaporé. Los Cabixi que no mantienen relaciones con los civilizados, y sólo raras veces frecuentan a sus parientes, los Tagnani, deben alcanzar todavía entre 2.000 a 3.000 individuos.

Es un ejemplo muy demostrativo: los únicos Ñambikwara todavía numerosos son los que no tienen contacto con los civilizados. Al Norte de los Ñambikwara vivía una importante tribu Tupi en las orillas del río Pimenta Bueno y del río Gy-Paraná. En 1914 eran to-

davía muy numerosos y su jefe un famoso cacique llamado Abaytara dominaba dos aldeas muy pobladas.

En la gran casa que servía de residencia habitual a este cacique residían cerca de 40 personas, y en el centro su hamaca era cercada por tres filas superpuestas de hamacas en las cuales dormían sus guarda-espaldas. Los datos obtenidos permiten calcular entre 600 y 1.000 individuos el número total de los Tupi del Gy-Paraná en esa época.

En 1938 el grupo se reducía a 15 personas reunidas en una miserable toldería, en plena selva, y más algunos hombres habitantes de los campamentos de los seringueiros.

Otro ejemplo de poblaciones en vía de extinción rápida nos es dado por el Parintintin del río Madeira. En 1921 sobre el río Madeira y su afluente el río Marmelo, los Parintintin que eran muy numerosos obstaculizaron la penetración de los seringueiros; en ese mismo año comenzó la pacificación de los belicosos indios. Para el sólo grupo del río Marmelo se contaban entre 300 y 400 indios.

En 1938 según datos que nos proporcionó su pacificador, el Sr. Garcia, en su estancia quedaban apenas 50 Parintintins y el total de la tribu no llegaba a 1.000; como motivo de esta extinción se nos indicó "la gripe".

Otro grupo vecino, el de los Arikême del río Jaurú, descrito por Rondon prácticamente desapareció, mereciendo los siguientes comentarios:

"Tão grande sociabilidade foi, porém, funesta aos Arikêmes porque as relações assim estabelecidas e que, infelizmente, não eram fiscalizadas e dirigidas por pessoa competente... deram o resultado de fazer irromper entre ellos epidemias atrozes, como a da syphilis e a do defluxo, que não tardaram a produzir formidável mortandade" (Misão Rondon, 1916, p. 358-359).

Los indios Paresí que vivían al Sur de los Ñambikwara hoy día están muy disminuidos. No tardará el tiempo en que toda la región norte del Matto-Grosso hasta el Madeira, tan poblada a principios del siglo, quedará completamente deshabitada.

Estos ejemplos son escogidos entre los que pude estudiar personalmente, pero casos idénticos podrían ser citados en todos los países Sudamericanos donde subsisten todavía poblaciones indígenas.

En el Sur del continente, el caso de los indios de Patagonia y Tierra de Fuego es también dramático.

Para los indios fueguinos existen datos bastantes seguros. Una investigación de A. Lipschütz y G. Monstny (Cuatro conferencias sobre los indios fueguinos, Santiago 1950) indicó para 1950 las cifras siguientes:

Total de los indios	Ona	.....	40
"	"	Yamana	..... 63
"	"	Alakaluf	..... de 80 a 100

Lucas Bridges, que pasó su vida entre los fueguinos, estima que entre 1871 a 1947 (*Uttermost Part of the Earth*, London 1948, p. 521), el número total de los fueguinos bajó de 7.000 o 9.000 a sólo 150 individuos.

Los Onas eran evaluados en cerca de 2.000 en 1891 (Cooper) Los Yamanás alcanzaban en 1883 a 3.000, para disminuir a 1.000 en 1884, a 400 en 1886 y a sólo 100 en 1913, según datos de los misioneros ingleses de la tierra del Fuego recogidos por M. Gusinde (*Die Feuerland*, 1937).

La principal causa de su extinción fueron epidemias diversas, entre las cuales se destacan sarampión y "gripe". Según L. Bridges en 1884 una epidemia de sarampión mató al 50% de los Yamaná de la región de Ushuaia, y a los 2 años siguientes desaparecieron el 50% restantes. Factores como matanzas de indios por cazadores profesionales, reducción de su territorio de caza, sólo actuaron de modo secundario. El mismo Gusinde después de relatar los atropellos de los Onas por los aventureros de la Tierra del Fuego reconoce "Con gran dolor de corazón he sabido que aquel grupo de indios situado en el Lago Fagnano que me habían permitido con ellos sus ceremonias secretas... hace poco que ha desaparecido completamente, *víctimas de una epidemia de gripe* (Fueguinos, Sevilla, 1911, p. 104).

Siempre el mismo motivo, en todos los territorios otrora poblados por indios: epidemias, pestes, sarampión, gripe, borrando a grupos y tribus enteras.

Los indios del Chaco son periódicamente víctimas por el sarampión y su complicación habitual, la bronconeumonía; cada año disminuye su número. Los Kaduveos del río Paraguay todavía numerosos cuando los visitó Boggiani, no pasan hoy día de algunas docenas. Los Mowicha del Paraguay están en vía de extinción.

Las poblaciones andinas, más densas que las selváticas o que los cazadores chaqueños y los recolectores fueguinos, resistieron mejor el impacto europeo. Después de una disminución considerable durante los siglos XV y XVI, mantuvieron estacionarios hasta la primera parte del siglo XIX. Ya adaptados biológicamente a las enfermedades europeas y con mezcla frecuente de sangre española comenzaron a recuperarse, y en varias regiones andinas existe ahora un nuevo proble-

ma, el exceso de población, acentuado todavía por la disminución de la mortalidad infantil, resultado de la higiene moderna.

Faltan elementos para avaluar exactamente la baja demográfica después de la conquista española. Los historiadores sobreestiman casi siempre las poblaciones indígenas del imperio incaico, olvidando que las numerosas ruinas de la región andina no fueron ocupados de modo simultáneo. Debía producir también un fenómeno idéntico al observado hoy en toda la Cordillera, la existencia dentro de los pueblos de numerosas habitaciones vacías, abandonadas después de la muerte de sus dueños.

El criterio muy arbitrario del "indio" en las estadísticas actuales, dificulta la comparación de las estadísticas actuales, dificulta la comparación de las estadísticas. Según las épocas, los países y el barómetro político, favorable o desfavorable a lo indígena, aumenta o disminuye el grupo de los indios en favor de los mestizos.

Rosenblatt (1935) calcula en 6.811.140 el número total de indios existentes en 1930 en los cuatro países andinos, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

Kroeber (1939) valúa en cerca de 3.000.000 la población total del imperio incaico. Rosemblatt (1935) adopta las cifras siguientes para las poblaciones andinas en 1492 y 1932:

	1492	1932
Colombia .....	850.000	250.000
Perú .....	2,000.000	3,711.140
Bolivia .....	800.000	1,800.000
	<hr/>	<hr/>
Total	3,650.000	5,761.140

Wendell Bennet admite para el conjunto de las poblaciones andinas en el tiempo de la conquista una cifra no menor de 4,500.000 y no mayor de 7,500.000 almas.

En 1846, una estadística de Dalence calculaba en poco más de 700.000 el número total de los indios bolivianos. En 1900 el censo oficial boliviano arrojó 906.126 indígenas. En 1920, el anuario de finanzas y Economía de Bolivia eleva 1'620.000 el número de los indios.

Todos estos cálculos ponen en evidencia la recuperación actual de las poblaciones andinas, consecuencia de una progresiva adaptación biológica, del mestizaje y de la higiene, pero no informan sobre la merma inicial de los indígenas en los dos primeros siglos de la ocupación española.



En Perú y Bolivia no se registraron después de la conquista epidemias tan fuertes como las que ocurrieron en Méjico, sea por las condiciones climáticas, sea por ser ya adaptadas las poblaciones andinas a la vida en comunidades numerosas. Sin embargo la mortalidad por enfermedades fué elevada, provocando una disminución de los indígenas que alarmó a las autoridades españolas como lo atestiguan numerosos documentos oficiales.

En 1736 el Virrey José Armendaris, Marqués de Castel Fuerte, escribía en su Memoria de Residencia: "...y en una y en otra América se han acabado tan del todo en muchas partes los primitivos moradores, que ya ni aún la memoria de ellos ha quedado (p. 132)". Enumera a continuación diversas causas de decadencia entre las cuales "...la inevitable de su preciso estado que es la de ser regido por otro dominante... y añade ...la peste que invadió sus provincias en los últimos años precedentes a mi gobierno, fué preciso que consumiese mucha parte de sus naturales..." (Memoria, p. 135).

En 1756, según censo realizado en el gobierno del conde de Superunda, el total de la población indígena de los dos arzobispados de Lima y Chuquisaca, y de los seis obispados de Mizque (incluyendo a Santa Cruz de la Sierra), del Cuzco, La Paz, Arequipa, Guamanga y Trujillo, alcanzaba sólo a 612.780 personas, siendo 143.863 indios tributarios, 34.389 reservados, 143.179 muchachos, 289.771 mujeres y 2.078 caciques y principales.

Los encomenderos y hacendados elevaban continuas quejas sobre la falta creciente de la mano de obra indígena en los siglos XVI y XVII.

La mita para las minas de Potosí, reclutada en 16 provincias andinas, proporcionaba datos elocuentes de la disminución de los indios serranos.

El primer empadronamiento hecho por el Virrey Toledo en 1575 repartió 95.000 indios para la mita de Potosí. En 1663, el repartimiento del Conde de Chinchón constaba de 40.115, decayendo este número a 10.633 en el tiempo del Duque de La Palata (Memoria duque de La Palata, p. 245), correspondiendo a la sétima en este año de 1689 sólo 1.633 mitayos.

Para mantener la mita de Potosí en cerca de 4.000 indios anuales, número preciso para las minas y los ingenios, fué necesario empadronar a los indios forasteros, y reducir de 2 semanas a 1 semana el período de descanso de los mitayos, y extender la mita para Potosí a otras provincias más que las 16 originarias destinadas por el Virrey Toledo; esta última medida no obtuvo la aprobación del Rey.

Con estas nuevas disposiciones el reclutamiento anual se elevó en 1692, durante el gobierno del Virrey de la Monclova, a 4.122 mitayos, para luego volver a decaer. En 1736, sólo alcanzaba a 3.199 indios (Memoria del Marqués de Castel Fuerte, p. 172-173). Siguió el declino. En 1756 la Memoria del conde de Superunda menciona que en la última sétima sólo cabían 2.193 indios, faltando desde varios años 1.120 mitayos anualmente. En 1780, la sétima era reducida a 1.955 indios, siendo 851 para las minas y 1.104 para los ingenios de Potosí. Se pensaba en llamar a los mitayos cada 3 o 4 años en vez de cada siete años según las Ordenanzas del Virrey Toledo.

En Norte América el problema es idéntico.

Tanto las antiguas relaciones de los viajeros como las observaciones recientes revelan la disminución o la desaparición rápida de los indios al contacto del europeo. Algunos de los grupos que lograron sobrevivir tienden a aumentar ahora paulatinamente, siguiendo una ley idéntica a la observada en Sud América. El último censo canadiense acusaba en 1946 un número total de 125.686 indios, indicando para el Dominio un crecimiento regular casi de 12% en 10 años. En la época de la conquista se estima en cerca de 200.000 los indígenas de la región.

Los grupos canadienses más aislados, como las tribus del Manitoba y las del Yukon, siguen diezmos por la tuberculosis, la cual provoca una mortalidad 14 veces más elevada que entre los blancos.

Un informe oficial para 1926 del Inspector Jefe de la Policía real montada del Canadá para la Tierra de Bafin, encargada de la vigilancia y de la asistencia de los esquimales, constata la desaparición progresiva de las poblaciones indígenas por las enfermedades, en particular la pulmonía. El redactor del informe, el Inspector Wilcox, notaba un detalle importante: las tribus más aisladas, como las de Chesterfield Intlet, parecían en mejor estado que las más cercanas a los pueblos europeos, a pesar de no recibir tantos socorros médicos como las últimas.



Desde los primeros años de la penetración europea hasta nuestros días, del Sur al Norte del Continente, desde la Tierra del Fuego, los Andes y la selva amazónica, hasta las praderas norteamericanas, la selva canadiense o los territorios del extremo norte, el mismo fenómeno se repite: a pesar de todos los recursos terapéuticos y de la higiene, el contacto de los blancos provoca una disminución rápida de las poblaciones indígenas, sea por grandes epidemias, sea por elevada mortalidad debida principalmente a la pulmonía, tuberculosis y otras enfermedades

respiratorias. El primer contacto constituye el momento más peligroso, causando con frecuencia la extinción total de los pequeños grupos en pocos años.

Después de larga adaptación, los grupos más numerosos consiguen salvarse, recuperándose poco a poco.

¿A qué maleficio debemos atribuir la destrucción casi total de tantas tribus americanas?

Los exterminios voluntarios, la leyenda negra de la conquista, fueron excepcionales y siempre limitados; no influyen en el conjunto de las poblaciones amerindias.

El cambio de vida, la disminución de los recursos naturales y la reducción de los territorios de caza de los indígenas actuaron posteriormente, como causas complementarias, no como causa original.

La disminución sucesiva de los indios después del primer impacto europeo ha sido casi siempre la consecuencia de una ley biológica, cuya importancia no ha sido bastante valorada: la falta total de inmunidad de las poblaciones indígenas americanas a las enfermedades contagiosas, a las cuales los civilizados están acostumbrados desde siglos por herencia y por el hábito de nacer y de vivir en un ambiente fuertemente contaminado.

Entre otras cosas el indio no conoce al neumococo, el agente principal de la bronco pulmonía, de los que todos los europeos son portadores naturales. Sólo cuando cualquier circunstancia viene a disminuir su residencia o exaltar la virulencia del germen, el civilizado se enferma de pulmonía: se ha resfriado, traduce el pueblo.

El indio que nunca ha tenido contacto con otras razas está siempre en estado de no resistencia y constituye un terreno nuevo, un terreno virgen que no ofrece ningún obstáculo al desarrollo de los gérmenes. Las enfermedades infecciosas adquieren en los indios una virulencia inusitada en los civilizados, provocando formas de evolución excesivamente rápida. La pulmonía se complica a menudo de edema pulmonar. De los 300 Sabané en visita a Campos Novos, los pocos sobrevivientes, huyendo despavoridos hacia sus tolderías, llevaron la enfermedad y la muerte a toda su raza que se extinguió en poco tiempo.

Los indios a menudo conocen el peligro del contacto con los civilizados. Los indios Gaviões del bajo Tocantins encuentran a veces barberos brasileños. Su primera pregunta, de muy lejos, es saber si "alguien está con catarro".

Los indios Karajá hacen la misma pregunta. Algunas tribus, actualmente sin contacto con los civilizados, como las Chavantes del río das

Mortes en el Brasil Central, cortaron todas las relaciones con las poblaciones blancas o mestizas, principalmente por miedo a las enfermedades. Castelnau durante su viaje a través de esta región en 1845 visitó aldeas Chavantes, hecho imposible de repetir hacia todavía pocos años.

Este contacto brutal que puede en poco tiempo aniquilar casi la totalidad de una tribu dejando apenas 5 a 10% de sobrevivientes, explica la gran mortalidad observada al principio de la conquista española. No hay necesidad de apelar a hipotéticas atrocidades de los conquistadores. Tenemos múltiples documentos atestiguando sus preocupaciones por la desaparición de la mano de obra indígena. En la Argentina, por ejemplo, existen numerosas quejas de los encomenderos de la antigua provincia de Tucumán, sobre la falta de indios, siendo el número de los Mitimayas demasiado reducido para cultivar la tierra.

Las observaciones actuales son suficientemente elocuentes; la ley biológica de la no inmunidad basta para explicar la desaparición de tantas poblaciones indígenas en los primeros tiempos de la penetración española en Sud América.

Existen pruebas concretas en los escritos de los primeros misioneros. Encontramos, especialmente en las relaciones del Paraguay, pasajes como este: "El misionero y sus compañeros tuvieron el primer contacto más o menos pacífico con un grupo de indígenas. Más tarde los indios se rebelaron y demostraron poco entusiasmo para adoptar la nueva doctrina y el buen padre concluye "Dios para castigar su endurecimiento mandó una peste que los diezmo". Nada puede ser más claro, la noción de epidemia siguiendo de cerca el primer contacto con los indígenas. La interpretación puede ser errónea pero queda el hecho concreto.

Todos los misioneros de los primeros años de la Colonia son unánimes al hablar de las "pestes" que llegaban a las poblaciones indígenas. Citaré solo un pasaje del manuscrito del padre Canelas, "Origen de la nación Mocobi y relato de sus usos y costumbres", publicado por el padre Furlong en su libro "Entre los Mocobi de Santa Fe": "Las pestes y viruelas hacen estragos horribles en las rancherías, de modo que las arrasan y quedan varias de éstas cubiertas de cadáveres, sin más moradores que los perros y los gatos. Discurriendo con don Francisco Chitalin, famoso cacique y uno de los principales del pueblo sobre la causa de la gran disminución de la nación Mocobi, no juzgaba otra cosa que el fatal estrago de las pestes, y refería que la última que padecieron por los años del 18 al 20 de este siglo (XVIII), según el cómputo que formamos, asoló de tal suerte sus tolderías que pocas quedaron con gente, y muchas ya con seis, ya con ocho, ya con ninguna familia". (Loc. cit. pág. 107).

Cambiando sólo los nombres, esas líneas del Padre Canelas podrían aplicarse íntegramente a los Ñambikwaras de hoy, a los Fueginos y a las otras tribus americanas.

Con frecuencia médicos y misioneros de nuestros días acusan también a la tuberculosis, al alcohol y a la sífilis como factores principales de desnutrición de los indios. Son en realidad factores secundarios, importantes en casos aislados, pero que por lo general no tienen el tiempo de ejercer su influencia nociva.

En Sud América la pulmonía y otras afecciones pulmonares agudas, simples o complicadas por el sarampión son las causas principales, a veces las únicas de la destrucción de los aborígenes.

Más tarde, si el grupo queda con un número suficiente de sobrevivientes, puede llegar a reconstituirse. Esto se observó en la región andina y en el Paraguay, países de población indígena muy numerosa. Otro factor contribuyó también a elevar su resistencia: los casamientos, las mezclas, libres a veces y favorecidas otras veces por las primeras autoridades españolas, y en todo caso siempre toleradas. Intervienen las leyes de herencia y especialmente la ley de los caracteres dominantes. El tipo mongólico, el facies, tan característicos en gran número de nuestros indios americanos, es un carácter nítidamente dominante sobre el facies europeo, marcando profundamente la prole y los cruzamientos entre mestizos, vuelven al tipo indígena.

Muchas poblaciones actuales de la región andina o del Paraguay no están formadas por indios puros sino por individuos retornados al tipo indígena, raza nueva originada por regresión al tipo ancestral aborigen. Entre sus caracteres heredados del antepasado europeo más o menos lejano, figura la resistencia a ciertas enfermedades. El padre o el remoto antecesor europeo, aún cuando único de su raza en el árbol genealógico de la familia, ha transmitido a sus descendientes su resistencia a la bronco pulmonía y otras afecciones semejantes, al mismo tiempo que los antecesores indígenas imprimen el sello indeleble de su tipo físico, el fenotipo amerindio. Con las generaciones sucesivas, se va reforzando esta resistencia.



Fenómenos análogos fueron observados con poblaciones indígenas aisladas en otras partes del mundo. Darwin, hace más de un siglo, había notado la gran sensibilidad de numerosas razas indígenas al contac-

to de los europeos y la mortandad elevada por epidemias que siguen a los pasos del blanco. "El número de los indígenas (en Australia) decrece rápidamente... Esta desaparición proviene sin duda del uso de bebidas alcohólicas, de las enfermedades europeas (la enfermedad europea la más sencilla, como el sarampión, causa entre los salvajes los estragos los más horribles)... Además de estas causas manifiestas de destrucción, parece que existe algún agente misterioso. A donde va el europeo, la muerte parece perseguir a los indígenas. Consideremos por ejemplo las dos Américas, la Polinesia, el Cabo de Buena Esperanza y la Australia; en toda parte se observa el mismo resultado. No es únicamente el hombre blanco que desempeña este papel destructor: los polinésicos de origen malayo hicieron desaparecer ante sus pasos, en algunas partes del Archipiélago de las Indias Orientales, a los indígenas de piel más oscura... Todo el mundo ha oído hablar de la inexplicable disminución, desde el tiempo del Capitán Cook, de la población tan bella y sana de Taiti... El Rev. J. Willian nota en su interesante libro que siempre que se encuentran indígenas y europeos, se producen de modo fatal fiebres, disenterias y otras enfermedades, las cuales matan a cantidad de gente..." (*Voyage d'un naturaliste autour du monde. Edition française de Reinwald, Paris, 1883, pág. 464-66*).

Hechos parecidos citan numerosas relaciones de navegantes de las islas polinésicas en la primera mitad del siglo XIX. Más de una vez las epidemias consecutivas a la visita de barcos europeos llevaron a los naturales a prohibir toda relación con sus equipajes. Dumont d'Urville, por ejemplo, cita el caso de la isla de Tikopia que perdió la cuarta parte de su población después de la parada de un navío francés. Tal calamidad fué atribuida a un espíritu malo venido con el barco, y los naturales decidieron que en adelante ninguna embarcación tocaría la isla (*Voyage autour du monde, II, pág. 191, 1853*).

En poblaciones de origen europeo, llevadas por circunstancias excepcionales hacia una vida completamente apartada de la convivencia con otros grupos humanos, como ciertas poblaciones insulares, obsérvanse hechos, sino idénticos por existir una cierta inmunidad hereditaria, pero guardando una relación con las observaciones que nos interesan.

La isla Tristão de Acunha perdida en el Atlántico, casi en la mitad del camino entre Africa Austral y Sud América, es visitada accidentalmente por navíos cada dos o tres años, y a veces menos. El contacto con los tripulantes extranjeros desencadena siempre una verdadera epidemia de catarros.

La población, poco numerosa de Tristão de Acunha, está constituida por elementos europeos, descendientes de naufragos y de algunos volun-

tarios seducidos por la libertad de la isla, con algunas mezclas antiguas de elementos negros.

Darwin conocía varios casos análogos observados en su tiempo por diversos navegantes. "El capitán Beechey constata que los habitantes de la isla Pitcairn están sumamente convencidos que después de la llegada de algún navío sufrirán afecciones cutáneas y otras enfermedades". Los habitantes de St. Kilda aseguraban que, después de la visita de un forastero, todos enfermaban de catarro. Una opinión idéntica existía entre los moradores de las islas Chathan y de algunas regiones de la Nueva Zelandia (Loc. cit. pag. 466).

Estas observaciones reproducen, en una escala muy atenuada por la existencia de una inmunidad hereditaria, los efectos nocivos del contacto con los europeos sobre las poblaciones aborígenes americanas, desprovistas de toda inmunidad natural.



La falta de inmunidad en relación a ciertas afecciones, si bien nos explica la desaparición rápida de los indios americanos desde el primer contacto con los civilizados, no puede ser invocada como una prueba de inferioridad física. Son poblaciones sanas, demasiado sanas, resistentes a las fatigas y privaciones, capaces de pasar una vida dura y sufrida, con la preocupación constante de encontrar su sustento cotidiano. No son portadores de la pesada herencia de los civilizados, herencia casi siempre funesta, pero capaz en ciertos casos de desempeñar un papel protector.

No son raros los niños indígenas trasplantados muy jóvenes en un ambiente civilizado. La mayor parte no resisten, víctimas de la pulmonía a su entrada a la vida europea o más tarde de la tuberculosis.

Si conseguimos poner artificialmente esos niños indígenas en condiciones análogas a las de nuestros niños civilizados, vacunándolos, pre-munizándolos contra la tuberculosis y contra diversas otras enfermedades, su desarrollo será tan fácil como el de los niños civilizados. He tenido oportunidad de acompañar de cerca un caso muy demostrativo, infelizmente acompañado por un testigo en el sentido biológico; es una verdadera, una bella, pero triste experiencia.

Una niña indígena del Paraguay perteneciente a uno de los grupos más aislados del Continente, sin contacto alguno con los civilizados o con otros indios, fué llevada bruscamente a la edad de dos años desde

su selva nativa a un ambiente de gran ciudad. Una semana después de su primer contacto con los civilizados padeció de pulmonía; durante los meses siguientes su salud continuó débil y frágil. Vacunada diez meses más tarde con el B.C.G. se transformó su estado. A pesar de vivir siempre en grandes ciudades ha presentado una óptima salud posteriormente y un desarrollo en todo normal.

Ahora el testigo. Es un muchacho de la misma raza, pero de 9 a 10 años que fué llevado a una estancia del Paraguay a pocas leguas de la selva, en condiciones, al parecer, más favorables y poco diferente de su vida anterior. El también sufrió pulmonía en sus primeros días de vida con los civilizados. Restablecido, nunca ha gozado de buena salud. No fué vacunado con el B.C.G. y acabó tuberculoso.

Es una experiencia involuntaria que puede orientar a los higienistas en casos análogos.

Podemos completar esta observación con otro indígena también de la misma raza. Se trata de una indiecita llamada Damiana, cuya historia fué descrita en los trabajos de La Hitte y de Lehman Nitsche. El primero vió a esa niña oriunda de la región de Jesús y Trinidad poco tiempo después de su captura, y su observación fué completada 10 años más tarde por el segundo. Educada por una familia alemana radicada en la Argentina, Damiana que hablaba corrientemente el español y el alemán, tuvo un desarrollo normal hasta la pubertad, pero a pesar de todos los cuidados murió tuberculosa a los 15 años.

Los antiguos misioneros conocían bien esa sensibilidad de los indios. El Padre Hervas relata que varios indios de la selva del Paraguay capturados y llevados a las reducciones vecinas solo vivían poco tiempo.

En nuestros días Bertoni quiere explicar esa sensibilidad de los indios de la selva por el cambio dietético. La causa real es más profunda, es siempre la falta de inmunidad para las infecciones de los civilizados. La vacuna contra la tuberculosis, contra la difteria, vacunas polivalentes contra gérmenes diversos, pueden poner artificialmente a los indios sudamericanos y a todas las poblaciones aborígenes muy aisladas, en condiciones de resistencia artificial, de inmunidad adquirida, idénticas a las que poseen los civilizados por herencia y por convivencia desde su nacimiento en medios fuertemente contaminados.

Una objeción surge de inmediato.

Es posible vacunar, proteger a un niño, a dos, a 10 personas, ¿pero a todo un grupo étnico? No debemos olvidar que cuando más aislado está un grupo indígena, más sensible se revela a las enfermedades. Pero también aumenta la dificultad a alcanzarlo y conseguir su con-



fianza. La vacunación sin embargo debe ser realizada lo más rápido posible después del primer contacto con los civilizados.

Tenemos la solución teórica del problema, la solución de casos particulares, pero no la solución práctica y general para la integración de las razas americanas aisladas a la vida moderna. No veo la posibilidad de adaptar sin peligro y de salvar de la destrucción que fatalmente les espera, las poblaciones indígenas, todavía distantes de nuestra cultura y de nuestra época. Nos encontramos frente a un dilema que no podemos eludir; dejar esas poblaciones en un completo aislamiento continuando a llevar su vida precaria pero libre, o procurar acercarlas a la cultura moderna con el peligro de destruirlas por nuestro solo contacto.